

Recibido: 14/9/2014
Aceptado: 29/10/2014

El psicoanálisis en las encrucijadas de la cultura

Emiliano Galende

Universidad Nacional de Lanús

RESUMEN

El psicoanálisis forma parte de la cultura y la sociedad donde se despliega su experiencia. A la vez, siendo un producto de la cultura, vuelve a ella con una interpretación crítica de sus fundamentos. El artículo trata de hacer visibles algunos indicadores de los cambios en la cultura y la vida social actual, haciendo eje en los significados y valores que caracterizan el funcionamiento actual de la relación social, entendiendo y destacando que la misma experiencia del análisis constituye una forma de relación social con sentido terapéutico. Entre estos indicadores se detiene en el análisis del nuevo sujeto cuya identidad social se construye bajo los valores del consumo; el señalamiento de la desconfianza, que vincula en sus efectos de desligadura en la relación social con la pulsión de muerte; y en las nuevas vicisitudes de las relaciones de sexo y amor en el funcionamiento de la pareja. Finalmente el desafío para el psicoanálisis, cuya experiencia se guía por la producción de la verdad histórica, frente a una cultura que tiende a desestimarla.

ABSTRACT

Psychoanalysis is part of the culture and society where his experience unfolds. At the same time, being a product of culture, it becomes a critical interpretation of its foundations. The article tries to make visible some indicators of changes in the current culture and social life by axis meanings and values that characterize the current functioning of the social relationship, understanding and stressing that the experience of the analysis is a form of social relationship with therapeutic effect. These indicators stops in the analysis of new social subject whose identity is built on values of consumption; the indication of distrust, in effect linking unbinding the social relationship with the death instinct; and new relationships vicissitudes of sex and love in the functioning of the couple. Finally, the challenge for psychoanalysis, whose experience is guided by the production of historical truth, against a culture that tends to dismiss.

DESCRIPTORES: CULTURA – MALESTAR – INTERSUBJETIVIDAD – LAZO SOCIAL – ETICA – CLINICA.

KEY WORDS: CULTURE – UNREST – INTERSUBJECTIVITY – SOCIAL LINK – ETHIC – CLINIC.

El psicoanálisis en las encrucijadas de la cultura

El psicoanálisis y la cuestión social

La perspectiva de la sociología y la del psicoanálisis, con sus diferencias metodológicas en la producción de conocimientos –sociológicos o psicológicos–, coinciden en hacer visible los fundamentos de “la vida en común”. Desde ambas perspectivas se trata de indagar sobre el lazo social, sus formas de funcionamiento en la construcción de relaciones entre los individuos de determinada sociedad, en el seno de un territorio, una cultura y un momento histórico propio. La sociología se dirige a la organización social en sentido amplio: los intercambios económicos, simbólicos, la relación de jerarquías entre sectores, las relaciones de poder, la organización de la política y su funcionamiento, la formación de las instituciones del Estado y del Mercado como los dos ejes centrales de toda organización social, es decir, las formas concretas en que se producen las relaciones sociales y su funcionamiento. Por su parte el psicoanálisis, que en su experiencia clínica es en esencia una relación social con sentido terapéutico, se dirige al nivel del sujeto singular, a los modos de presencia y funcionamiento de sus capacidades y cualidades para construir vínculos con los otros de trato y sociedad. En la experiencia del análisis se trata de una forma singular de relación social, centrada en el valor de la transferencia emocional y afectiva, dirigida al conocimiento y transformación de las vicisitudes y conflictos de la alteridad del sujeto en análisis, es decir, también de las vicisitudes de “la vida en común”.

Por cierto, el interés de este escrito es reflexionar desde la experiencia del psicoanálisis, pero con la intención de no desconocer, en la dimensión singular del sujeto de la experiencia, su pertenencia a una sociedad y una cultura determinada, los significados y valores que orientan las relaciones en la sociedad y la cultura que habitan y a la vez producen. Para el psicoanalista se hace necesario conocer las características de “la vida en común” de la sociedad y la cultura que él mismo habita junto el sujeto en análisis, porque este será el marco normativo y valorativo, ético y moral, que harán de referencia a los modos singulares en que el sujeto desarrolla sus vínculos, y también será la referencia para la interpretación de lo ya vivido en su historia. Entiendo que este es el camino que nos abrió Freud, basta recorrer algunos de sus escritos¹ para percibir la articulación del psicoanálisis con la vida social y la producción cultural.

¹ No sólo los llamados ensayos culturales; ver especialmente “Tótem y Tabú”, “Psicoanálisis de las masas y análisis del Yo” y “Moisés y el monoteísmo”, para percibir las señales de esta perspectiva.

La relación terapéutica es en su esencia un modo concreto y particular de relación social. Como veremos luego, toda relación social incluye como determinante al amor como forma primaria y básica de todo vínculo social. De allí que Freud señalara “el amor de transferencia”, como motor del análisis y principal elemento de su capacidad de lograr el cambio psíquico, transformando la relación del sujeto con el síntoma. Aclaro: el amor es central a la experiencia de la transferencia, lo cual es diferente a interpretar que se trate de una cura por el amor. Creo que en general los psicoanalistas orientamos la experiencia del análisis en base a una comprensión de la alteridad, es decir, de la función del otro, y los otros, en el funcionamiento psíquico del sujeto en análisis. Es en esa dimensión de la alteridad donde nos incluimos en la experiencia facilitando la transferencia, desde la cual conducimos, con respeto del método psicoanalítico (asociación libre y atención flotante, abstinencia y neutralidad valorativa), el proceso analítico. Tenemos presente la diferencia entre la función que el otro (el adulto en la relación temprana del futuro sujeto) cumple en la estructuración del nuevo sujeto (el “aparato psíquico” y la tópica freudiana) del papel del otro como sustento del psiquismo a lo largo de la vida de todo sujeto, las posibilidades y las formas con las cuales a través de su historia el individuo ha forjado las relaciones con sus semejantes, sus límites y potencialidades, los conflictos y sus razones.

No existe sufrimiento psíquico, en todas sus diversas maneras de expresión sintomática, que no pongan en juego el problema de la alteridad y los conflictos de la existencia en relación con los otros con quienes convivimos o nos vinculamos en la sociedad. Esta dimensión de la alteridad va más allá, sin excluirla, de la función estructurante del otro para el psiquismo y nos obliga a considerar siempre, en la singularidad de cada caso, las experiencias concretas de cada historia personal, equiparable a lo que denominamos subjetividad. Salvo en trastornos mentales muy severos, donde se ponen en evidencia alteraciones muy tempranas de la estructuración del sujeto, la experiencia del análisis transcurre en el plano de esta subjetividad, suele ser predominantemente la historia de las vicisitudes de la vida en común, la cual se hace siempre presente en la existencia actual. Nuestra teoría sobre la estructuración del sujeto psíquico tiene valor universal, el complejo de edipo y la castración, están más allá de las diferentes rasgos de la crianza en determinada cultura o sociedad, pero en el terreno del sufrimiento psíquico y las formas de expresión sintomáticas, el conocimiento sólo avanza hacia la verdad a través de la singularidad de cada sujeto, el valor de su palabra, su relación con una época social y una cultura determinada, esto es,

no se trata de un universal sino de lo singular que unen a un sujeto con su cultura y su sociedad. En otras palabras, la experiencia analítica tiene en cuenta al ser, pero se dirige siempre a la existencia real de cada sujeto. De esto se desprende que la verdad del sufrimiento no está presupuesta en la verdad universal de nuestra teoría, resulta siempre de la construcción entre paciente y terapeuta, en una experiencia que está inmersa en las coordenadas actuales de una sociedad y una cultura a la que ambos pertenecen.

Desde esta comprensión de nuestra labor como psicoanalistas es que se abre la cuestión de indagar y reflexionar sobre la cultura y la vida social a la que está siempre sujeta toda existencia humana. Y esto es siempre de actualidad, es decir, de cambios en los significados sobre la realidad, sobre los valores en juego en las relaciones sociales y sobre la cultura que cada sociedad construye y habita, en cuyo mundo simbólico realizamos nuestras relaciones con los otros, construimos y aceptamos los valores morales y éticos que regulan nuestros comportamientos prácticos. Aliviar o superar un sufrimiento psíquico requiere recorrer el camino de los síntomas que lo expresan, orientados por la angustia en búsqueda de una verdad, no material e irrefutable, sino construida en la experiencia transferencial misma del análisis. Y el camino de la verdad en la vida psíquica sólo puede transitarse en relación a otro, la conciencia por sí sola no puede evitar el engaño, la distorsión, la negación, la construcción de transacciones entre lo pulsional y el Yo. La vida psíquica oscila siempre entre la sujeción a lo ya vivido, su pasado, y la capacidad del deseo y la imaginación para la creación y la invención de nuevas posibilidades de existencia, y esto impone a cada sujeto el desafío del encuentro con el otro, especialmente en las relaciones de intimidad, bajo nuevas condiciones, nuevos valores, nuevos significados sobre el sexo, el amor, el compromiso y la solidaridad. Freud lo nombró como la transformación de la miseria neurótica en los infortunios de la vida, y muchos de los cambios actuales en las relaciones sociales son vividos por los sujetos como verdaderos infortunios, especialmente cuando es débil la capacidad de descubrir e inventar nuevas posibilidades. Esto no significa que las neurosis hayan desaparecido, ocurre que sus síntomas están entramados en las nuevas miserias de la vida en común, la existencia, y es allí adonde, a través del síntoma, se dirige la terapia.

Debemos tener en cuenta que los procesos actuales de subjetivación responden, son simultáneos, a los cambios en los caracteres de la relación social. Si el desenvolvimiento de la vida social tiende a dañar en sus individuos las formas de ejercicio del lazo social, inevitablemente daña a su vez la capacidad subjetiva de cada individuo para establecer relaciones satisfactorias con el otro y

con el mundo simbólico que comparten. Por otra parte resulta evidente que los procesos de subjetivación determinan en cada individuo sus comportamientos prácticos en la vida social, y de estos comportamientos se derivan muchas de las formas de expresión del sufrimiento mental. Tradicionalmente lo que llamamos cultura y vida social era resultado de las relaciones entre los individuos mismos, eran, (aun lo son, pero bajo otros modos) los mismos individuos a través de la construcción de sus relaciones, que se creaban las reglas morales y los valores éticos que debían regir sus comportamientos prácticos, que una vez construidas tienen valor y obligan como “deber ser” al conjunto comunitario o social. Ocurre que esta participación protagónica de los miembros de la sociedad en la producción social y cultural ha cambiado. Especialmente, si tenemos en cuenta que uno de los rasgos dominantes de los cambios sufridos en estos procesos de subjetivación ha sido el apoderamiento de los mismos por diversos medios tecnológicos (principalmente la televisión, la publicidad, Internet, los medios masivos de comunicación, los video juegos) los cuales dejan afuera la intervención de los mismos sujetos, quienes reciben e incorporan los significados y valores sobre la relación social de una manera pasiva y mayoritariamente acrítica. Las funciones tradicionales de la familia, el grupo comunitario, las iglesias, como productores y guardianes de la moral y la ética en los comportamientos sociales, han ido cediendo esta función a estos diversos medios tecnológicos. En la actualidad los preceptos morales y los valores éticos dependen más de cada individuo, de los pactos o acuerdos que establece en sus relaciones. Como es tema de debate frecuente entre psicoanalistas, creo que no se trata de la desaparición de la Ley, se trata de nuevos posicionamientos subjetivos ante la función y la eficacia de ésta.

Nuevos Rasgos de la relación social

Podemos definir tres rasgos que caracterizan a toda relación social, y que pueden considerarse universales. Estos son: el **amor** (que es más amplio que el enlace libidinal); la **dependencia del otro**; y la **relación de poder**. El poder no sólo se disemina en la vida social en las relaciones económicas, en las diferencias de clase social y en la política, sino que también se hace presente en las relaciones de intimidad (en la pareja amorosa y sexual, en la familia, etc.), y es justamente esta presencia del poder en los vínculos íntimos el que adquiere cierta dominancia cuando el amor se atenúa, o desaparece bajo el odio, a la vez

que la dependencia del otro se hace insoportable. Por el contrario, la dimensión de poder en estas relaciones se atenúa cuando domina el amor y los individuos aceptan que éste requiere reconocer y aceptar la dependencia del otro a quien amamos. Estos tres rasgos de la relación social, en todos sus niveles y sus formas, son los que más cambios han sufrido en los últimos treinta años. Existen formas nuevas de ejercicio del poder en todos los órdenes de relación, que van desde la disputa entre el Estado y la sociedad civil, las relaciones entre individuos y la sociedad en su conjunto, hasta en los conflictos en la pareja amorosa y la relación entre padres e hijos. La sociología ha vinculado estos cambios con un crecimiento del individualismo, como la dominancia del carácter narcisista de muchos sujetos —aquello que con J. J. Rousseau (1755) entendemos como dominio del amor propio, diferente del amor a sí mismo—, el predominio del valor del éxito personal (el emprendedor) como valor del progreso en los sectores medios de la sociedad, y muy especialmente, en una nueva figura que influye fuertemente en las identidades sociales actuales, cual es la del sujeto consumidor.

El poder: la lucha por el reconocimiento y la identidad

La subjetividad del consumidor, que vincula su lugar social y su identidad a los objetos que logra adquirir, atrae sobre sí mismo gran parte de los rasgos de esta cultura: individualismo, aislamiento del conjunto, competitivo, emprendedor, y capaz de afirmar su lugar e identidad social prescindiendo de toda consideración al otro. Es necesario observar y estar atentos a las matrices normativas de comportamiento de este nuevo individuo en la conformación de lo social. En los términos del poder que analizamos, esta nueva conformación de la sociedad tiene su centro en aquello que, de un modo un tanto abstracto, denominamos “mercado”, el cual aporta una nueva ideología sobre la vida y el individuo. Se diseñan técnicas de publicidad y procedimientos de significación con fuerte contenido subjetivo (desconfianza, riesgo, amenaza, inseguridad... del mercado), el mercado mismo es tratado como un sujeto (está calmo, desconcertado, satisfecho, etc.). Esto no es aleatorio, en verdad constituyen una verdadera “política de mercado”, a través de la cual se trata de conducir la conducta de los individuos. Creo que no es sólo una política de dominación sobre el sujeto consumidor para lograr aplicar los objetivos del mercado, sino que se trata de construir un “modo de ser” (el mercado construye una ontología práctica propia) de los individuos para determinar sus comportamientos prác-

ticos (casi toda la publicidad se dirige a los individuos prometiendo “ser” algo diferente del otro y aun diferente de lo que los mismos son). Su éxito consiste en lograr que estos procedimientos de subjetivación generen modalidades de comportamiento y técnicas del Yo para la relación consigo mismo y para todo vínculo con sus semejantes. Esto es, transformar los diferentes objetos de la vida en mercancía capaz de ser comprada o intercambiada, aun la posibilidad de que el otro de la relación devenga objeto y pueda ser tratado de tal modo. No se trata en esta política de subjetivación de la teoría clásica de la dominación a nivel global, entre países y grupos sociales, sino que está dirigida y hace centro en la dominación de la vida personal de cada individuo.

A fin de entender la potencia que muestra esta subjetivación del consumidor, vale recordar lo observado por Freud respecto del papel que juega la identificación en las masas, especialmente cuando el grupo social integra una comunidad afectiva, como lo son una barra de fútbol, o comunidades con rasgos comunes o relaciones de proximidad. Esta identificación surge cuando un sujeto descubre en sí mismo un rasgo en común con otras personas, aun cuando estas no sean objeto de sus pulsiones sexuales. Es este rasgo en común, como propuesta de identificación, lo que podemos observar en la técnica de la publicidad actual y en ello consiste su proceso de subjetivación. Este proceso es análogo al que podemos llamar una identificación en base a una masa, un grupo de elegidos, un sector social determinado, todos ellos elegidos por la fortuna de poder consumir ciertos objetos. “Pertenecer a...esta marca”, “usted ha sido elegido para esta promoción...”, o la remera que, como la camiseta de un club de fútbol, lo hace pertenecer, logra una producción subjetiva basada en la promesa de identificación por una marca o un objeto, que logra llevar al yo a reproducir significaciones, valores, comportamientos prácticos, propios de una comunidad de convivencia, en este caso solamente ilusoria, anónima, pero efectiva porque quienes responden a ella sienten que la marca del automóvil, o la que llevan en su ropa, o diferentes objetos que posee, lo distingue de sus semejantes a través del objeto de consumo, que es quien lo identifica socialmente y le hace sentir que pertenece a determinada clase diferente. La disposición subjetiva para esta identificación es el anhelo del Yo de ubicarse en una misma situación de comunidad de consumo, pertenencia ilusoria que es independiente de toda actitud libidinal respecto a otra u otras personas, no requiere del reconocimiento del otro ni de la empatía, sólo depende de la imagen que lo identifica. Esta política de mercado, que se propone constituirse en una nueva ideología, logra justamente generar un campo de deseo alternativo para los individuos, rompiendo el valor

de una ética que imponía ser coherente con la historia personal, solidaria con el vecino y la familia, responsable de su pasado. Un deseo extendido en la sociedad de lograr ser otro de lo que se es, en la vida social tanto como en las relaciones íntimas. Este deseo de consumo, que incluye y se corresponde con el consumo de distintas drogas psicotrópicas, pone en primer lugar como valor social el progreso personal, el éxito y el valor del propio Yo, todo lo cual sujeta al individuo al presente y genera tanto los anhelos como los temores sobre el futuro.

¿Qué consecuencias tiene esta subjetivación para la vida psíquica? Pasiones como la ambición y la codicia son el sostén de la actitud de competencia con el otro o los otros. Esta competencia inviste al otro como rival, aun cuando se trate del compañero en el trabajo o la profesión, y más aún cuando se expresa en la pareja íntima. Suele provocar una disociación del Yo, que hace que el sujeto se debata entre el anhelo de confianza y el deseo de intimidad en el reconocimiento que demanda a un otro de un lado, y la desconfianza y el deseo de dominación, del otro lado. Siempre una de estas dos dimensiones subjetivas debe ser reprimida o negada, con el costo de la ansiedad que se instala en la relación con el otro. A esto suele agregarse que a la violencia cultural que produce esta política de subjetivación a nivel global, se hace también presente en las relaciones íntimas, provocando que se pierda al otro, u otra, como resguardo de lo más personal, como seguridad y confianza en lo íntimo, diluyéndose la certeza de contar con la consideración del compañero o la pareja. En pocos años hemos asistido al ingreso de esta violencia en el ámbito de la familia y la pareja, violencia que es expresión sintomática del amor destruido por la disociación y la ambición de dominación, por la vivencia de desamparo que esto provoca, donde además de intentar sobrevivir a la soledad y al desamparo, el otro es vivenciado como victimario, y suele hacérselo víctima en quien descargar a su vez la violencia recibida.

La desconfianza en el otro

El sentimiento de desconfianza es otro de los indicadores actuales del cambio en la relación social. A la dominancia del individualismo, que señalé antes como expresión del sujeto consumidor, se agrega un componente emocional en los sujetos: la desconfianza en el otro, especialmente en las relaciones de intimidad, y su consecuencia, la soledad. G. Simmel (1908) escribía hace más de un siglo que la desconfianza era un estadio intermedio entre el conocimiento

y el desconocimiento del prójimo, siendo imposible confiar cuando no se lo conoce. Para Simmel, la confianza es el núcleo central de una sociedad pacífica y segura. Comparto con este autor que, a través de la historia y en todas las sociedades, la confianza ha sido el componente emocional determinante para afirmar la vida en común, asegurar la justicia y el respeto hacia el otro. Toda forma de inseguridad en la existencia, cualquiera sea su motivo, genera desconfianza y a través de ella tiende a desagregar a los conjuntos sociales, en todos sus niveles, especialmente cuando no sólo esté ligada a la incertidumbre del presente sino que actúe como amenaza sobre la vida y el futuro. Esto está presente y es constatable en la vida social actual bajo la amenaza de desastres naturales, atómicos, económicos, sociales, y aun en las relaciones de intimidad cuando se pierde la certeza del compromiso y la continuidad. En un texto clave de Freud (1918) sobre las pulsiones, señala cómo la pulsión de muerte lleva a la desligadura del afecto y la palabra, que es a la vez desligadura del objeto, y deja ver de este modo que la desconfianza es una de las expresiones de esta pulsión, al llevar justamente a la desligadura de objeto, es decir, al apartamiento del otro de la relación.

En lo que ya Maquiavelo (1513-1519) enseñó, el miedo como pasión emergente de la inseguridad, constituye una cierta política de control sobre la sociedad. Las conocidas exigencias a los gobiernos de una mayor seguridad por parte de la población, suelen hacerse con cierta ignorancia sobre sus determinaciones globales y con la negación en cada individuo de su propia participación en reproducir la inseguridad que denuncian en sus propias relaciones sociales cotidianas. La inseguridad es doblemente social y cultural, se ha instalado en nuestras relaciones íntimas y en nuestros comportamientos con los semejantes. Toda la política de mercado, a través especialmente de la publicidad, promueve un individualismo exacerbado que impacta sobre las relaciones y la vida en común, pulverizando la confianza social en el valor del otro y el respeto. Pierre Rosanvallon (2007) ha vinculado fuertemente a la desconfianza social como uno de los logros de lo que denomina la “*contrademocracia*”. En el plano individual esto se expresa en las formas de relación con los semejantes, la pérdida de la confianza en el otro de las relaciones cercanas (especialmente en la pareja) daña el lazo social y suele dar comienzo al alejamiento del amigo o la pareja y llevar a un aislamiento cuando invade más plenamente al yo. Nada destruye más la relación social, en todos sus niveles y formas, que el surgimiento de la desconfianza en el otro. Como veremos luego, este sentimiento está siendo dominante en las maneras de impedir o distorsionar las relaciones de amor en la pareja. Sus

síntomas suelen ser determinantes en la demanda actual de análisis, en general bajo los síntomas de depresión. Recordemos que desde Freud vinculamos el trastorno depresivo con los procesos de duelo, este puede ser por la pérdida de un ser querido, de objetos valorados, de ideales frustrados, y también es frecuente en la actualidad el duelo del amor perdido en la pareja, en la amistad, de aquellos a quienes hemos querido, amado y confiado. La reacción depresiva y el aislamiento, rasgos subjetivos propios de quien atraviesa un proceso de duelo, se expresa con frecuencia en el aplanamiento afectivo, la indiferencia hacia el otro, y en cierto refugio en el silencio de la vida.

El amor y las parejas actuales

No debemos olvidar, lo señalé antes, que el amor es esencial a toda forma de relación social, sea como sentimiento dominante en la pareja y la expectativa del sexo, como de forma sublimada en la ternura que requiere toda relación íntima, en la amistad y la relación filial. El amor en la pareja es la forma básica de la relación social, su célula principal, ya que de ella depende la reproducción humana. Pueden cambiar las formas de familia, pero la relación que une el amor con el sexo entre los seres humanos es en cierto modo una invariante social e histórica, los cambios se derivan de los valores y significados que cada época y cada cultura otorgan a esta relación. Al hablar de la pareja mentamos algo que atraviesa todas las épocas, aun cuando no siempre la pareja construya familia, y los cambios nos remitan siempre a una cultura particular. El axioma, en general de carácter conservador, según el cual la familia sería la célula básica de la sociedad, hoy está puesta en duda, al menos en lo que se ha entendido como familia nuclear. La reproducción humana, a diferencia de la pareja, trasciende la organización de la familia, cuya forma es siempre particular de determinada época histórica y de una cultura y sociedad particular. La familia nuclear ha sido considerada bajo una metáfora natural, como núcleo de una célula y su reproducción, que por analogía con el organismo biológico, constituye el “tejido social”. Por su parte la pareja como célula de lo social y la reproducción, y forma básica de la relación social, es sensible a la cultura y a la forma social, a su vez, estos valores y significados impactan y se extienden a aquellos con los cuales se construye toda otra forma relación social.

Es porque existe una norma cultural que hablamos de pareja “normal”, y

ocurre que esta norma social está cambiando, no rige del mismo modo la regla de la pareja heterosexual y la exigencia sobre la mujer de la maternidad, ni sobre la familia la de reproducción. Hay evidencia que al desarrollo moderno de la sociedad industrial le era necesario potenciar a la familia como productora de la reproducción social y la fuerza de trabajo, mientras que a la actual fase del capitalismo ya no le es necesario la reproducción social sino la reproducción del capital, lo cual gira los procesos de subjetivación hacia el sujeto consumidor como base del desarrollo. Estos nuevos sujetos no cuentan ya con las reglas de la moral de la modernidad. En ausencia o por la laxitud de la norma, cada pareja, cada individuo que la compone, debe definir por sí mismo, o entre ambos, a qué atenerse sobre las condiciones del amor, de la constitución de familia y de la reproducción. El tiempo actual nos muestra de manera rotunda que no existe una sino varias formas de amor de pareja, sigue estando la tradicional, propia de la modernidad, de un hombre y una mujer, también entre dos del mismo sexo y otras variaciones. Aun nos resulta “natural” que el amor de la pareja y el entorno emocional de la misma, requiera la presencia o cercanía entre ambos, un cara a cara en un mismo domicilio, fieles en cuanto al sexo, al compromiso solidario y a una economía en común. Pueden definir las reglas de su relación para la convivencia, pero estas debían ser sintónicas con aquellas que la moral cultural imponía para considerarse “una pareja normal”. Esto ha sido propio de la modernidad, en la cual surgió la familia como la conocemos. Pero las formas de construir las relaciones de amor son diferentes ahora de aquellas que dominaron la modernidad. Si antes la relación comenzaba por un reconocimiento mutuo de la mirada cargada por el deseo, con su erotismo y temor, abriendo el camino arduo de pronunciar las primeras palabras de acercamiento, que llamábamos “declaración”, intercambiar las historias y la identidad social de cada uno, para recién luego acceder al cuerpo del otro/a, abriendo la posibilidad del sexo, última estación en el que la pareja se consumaba. En cierto modo este camino se ha invertido en la experiencia actual del encuentro: sigue estando la mirada deseante, pero esto lleva a la caricia y al sexo antes que a la palabra y sin necesidad de ninguna “declaración” de amor. Esto hace que el sexo ya no genere compromiso ni exija amor. La relación puede limitarse al encuentro con el cuerpo erótico del otro/a, la pareja puede resultar eventual, posible o imposible. El riesgo de la decepción y la incertidumbre son más frecuentes o habituales, no ya como fracaso del amor vivido sino como su ausencia en la relación. Quienes no han renunciado al anhelo de encontrar el amor, sufren la frustración del afecto, el temor y la ansiedad del desengaño y, nuevamente, el asalto de la desconfian-

za. De esto provienen muchos de los sufrimientos actuales. Los psicoanalistas conocíamos las vicisitudes de los celos edípicos, los anhelos de posesión y los conflictos de la infidelidad, pero ahora los sufrimientos provienen de la inseguridad, la duda y la desconfianza sobre el otro/a, la inquietud por la continuidad o no de la relación, la angustia por la autonomía o la indiferencia del compañero o la compañera sexual.

El lenguaje de la ley y los derechos invade a la pareja actual, se discute sobre los límites del compromiso y se defienden los derechos personales: sobre grados de independencia, sobre la economía de la vida en común, sobre amistades y especialmente sobre la descendencia o no de la relación. Como señalé antes, la desconfianza y la inestabilidad emocional destruye las relaciones íntimas, genera historias de dolor y confusión. Donde se instala la desconfianza desaparece el placer de estar juntos y se vive en la sospecha de qué hace y qué piensa el otro/a. Con demasiada frecuencia, quien desconfía se convierte en espía del otro/a, a veces en policía, que trata de hallar las pruebas del engaño o la infidelidad, esperando que estas pruebas lo ayuden a decidir una separación en base a la culpabilidad del otro/a, que teme y quiere a la vez. En estas situaciones se potencia el sufrimiento de la dependencia del otro/a como parte de la relación en que se anhelaba el amor, y, cuando se llega al límite de lo soportable, se le hace necesario al desconfiado/a destruir psíquicamente o físicamente al otro/a, para lograr su liberación. En situaciones menos extremas de estas parejas actuales es frecuente, en cierto modo inevitable, un aplanamiento del deseo y su consecuencia habitual, la depresión psíquica, cuando no se toma el desvío de una adicción a alguna droga prohibida, otra forma, habitualmente negada por quien la padece, de la dependencia de objeto.

En pocos años asistimos a una expansión extraordinaria de dos formas de consumo, ambas dirigidas a este aplanamiento del deseo: el consumo de diversos psicotrópicos junto al consumo de distintos programas de entretenimiento. Bajo esta política los individuos no son llamados a ninguna capacidad reflexiva sobre su existencia sino a actuar sobre sus propias conciencias potenciando una forma de relación social dirigida a un goce de objeto (del otro como objeto) bajo la condición de negar toda dependencia. Basta detenerse en los programas de la televisión, videos, Internet, y en los comportamientos prácticos de los individuos sobre los valores de sus relaciones, para reconocer que esta política está obteniendo sus logros. En sintonía con el entretenimiento y el psicotrópico, se han creado dispositivos tecnológicos que nos permiten prescindir de cualquier otro para distintos aspectos de la existencia: cajeros automáticos y dispositivos

similares, en los cuales operamos solos sobre nuestra economía, viajes, transportes, etc.; diversas compras por Internet, desde libros hasta el supermercado y los alimentos; se puede operar sobre este mundo global sin movernos de nuestros domicilios y sin tener que depender de ningún otro, al menos sin que podamos darnos cuenta de esa dependencia ocultada por la virtualidad de la máquina. “*Para el ser humano el infierno son los otros*”, decía J.P. Sartre (1948) hace tiempo. Esta supuesta liberación del peso de la alteridad no nos ha llevado hacia el paraíso por cierto, más bien nos sumerge en el silencio profundo de la soledad, tal como lo observamos como motivo frecuente de la demanda de análisis.

Volviendo a la pareja sexual. En un texto clásico, Georges Bataille (1957) diferenciaba tres expresiones del erotismo: del cuerpo, del corazón y de lo sagrado. El del cuerpo domina la experiencia de la genitalidad, orientado por el goce sexual del otro/a, prescinde en ese goce de la consideración del otro como semejante. Es este erotismo el que potencia y al cual se dirige la publicidad y la política de mercado: gozar del sexo como sea, ya que el reconocimiento y la consideración del otro como un semejante aleja o impide el goce del objeto. Por este goce es que la publicidad utiliza la desnudez del cuerpo de la mujer como señuelo para ligarlo a la promoción de cualquier objeto que quiere vender. El segundo, erotismo del corazón, está referido al amor como condición erótica, sujetando el goce sexual al protagonismo de ambos de la pareja, y se extiende a toda relación de ternura en la amistad, en la relación filial, en el deseo que nos une a los otros significativos y que a su vez motiva la vida propia. El erotismo de lo sagrado, que sabemos está resurgiendo en los actuales fundamentalismos religiosos, sujeta a los individuos a la divinidad y a la ilusión de un “más allá de la vida”. Este erotismo del corazón, que prefiero llamar amor romántico como referencia al romanticismo alemán del siglo XIX, instauró los valores del amor de la pareja como libertad de los amantes para elegirse, liberándolos de los acuerdos de familia, y la presión de la moral tradicional. “El amor libre” que ha sido su consigna central, implicaba el respeto y el reconocimiento de la igualdad entre ambos de la relación, exigía el compromiso y la continuidad, y de algún modo redefinía las relaciones de poder y dependencia del otro en términos de igualdad. Por esto mismo fue defendido por las mujeres en el siglo XIX y el feminismo del siglo XX, ya que eran (siguen siendo) las mujeres quienes más sufrieron las formas patriarcales del poder del hombre en la pareja y la familia. La libertad y la igualdad de los enamorados consistía en enfrentar juntos las miradas y los juicios adversos de la sociedad patriarcal, esta lucha por la igualdad se extendió hacia la sociedad como crítica al poder patriarcal

en la política, la economía y las instituciones. El reclamo de una sociedad más libre e igualitaria estaba en sintonía con el respeto y la sinceridad en la pareja sexual. Esta lucha interminable por la igualdad en la sociedad y el amor libre, romántico, en condiciones de igualdad y reconocimiento de la dependencia y el compromiso mutuo en la pareja, sigue presente, aun cuando menguado, en la vida de muchos hombres y mujeres de casi todas las sociedades del mundo actual. Al erotismo del cuerpo se opone esta forma del amor romántico, que sin embargo diversas formas de publicidad tratan de confundir interpretando el goce del cuerpo como expresión de libertad individual. Por supuesto nada tiene que ver con la libertad en el amor, sino simplemente se trata de disociar el amor del sexo, ya que la esencia del amor libre es justamente la de estar ligada al respeto y la consideración del otro de la relación. No existe libertad sino es en referencia a otro, en cualquiera relación. Un indicador de esta propuesta de erotismo del cuerpo está dado por las dimensiones del consumo de pornografía, nunca vista antes, y que excede la utilización de los medios virtuales. Lo que poseen en común estas experiencias del goce es lograr evitar los efectos de la mirada del otro, los otros, o atenuar sus efectos bajo la indiferencia de lo ocasional o pasajero. Se trata de atenuar o negar la mirada de los otros como regulador moral del deseo sexual y su cumplimiento. Naturalmente este dominio de la pornografía es concomitante con un crecimiento del sexo masturbatorio, que no se limita como tal al acto solitario, sino que puede expresarse en la fantasía del goce del cuerpo presente del otro/a.

Sufrimientos y malestares en las nuevas relaciones

Muchos autores de prestigio, especialmente del campo de la Sociología, están tratando de demostrar que en la cultura actual, cuando hablamos de amor, estamos hablando de otra cosa: de su imposibilidad, de su sacrificio final al interés personal. Un individualismo egoísta sería el sepulcro final del amor tal y como lo hemos conocido a lo largo de la modernidad, y aun lo anhelamos. Bauman (2005) con su descripción del “amor líquido”, A. Giddens (1997) con su descripción de “la relación plástica” U. y S. Beck (2001) en su texto sobre el caos del amor, por citar alguno de estos autores, nos proponen este camino de resignación a lo actual y de nostalgia por lo que habría dejado de existir. Diversos pesimismo atraviesan nuestro universo social y nuestra cultura; algunos de un modo lúcido tratan de explicar y comprender los cambios que están

sucedendo; otros, están más inclinados a confundir sus anhelos personales fracasados con un fracaso de la cultura y la vida social, presagian futuros inciertos. Sin duda aquello que el Iluminismo y las ciencias modernas en general, habían afirmado como despliegue de la razón y el conocimiento verdadero, está siendo de modo progresivo reducido a la dimensión mercantil de las tecnologías, que ya no se guían estrictamente por la verdad sino por la necesidad de los mercados. Este desmerecimiento de la verdad junto al imperio del interés y la necesidad, impregnó también las relaciones de amor. En medio de estos cambios de la vida en común y la cultura, el amor se fue encontrando acorralado entre una concepción contractual de la familia y una concepción libertina del erotismo, que, curiosamente, banaliza y quita intensidad humana a la experiencia sexual. Sin embargo, la experiencia del amor sigue teniendo un espectro grande y heterogéneo de posibilidades en la experiencia de cada uno.

Podemos diferenciar la “existencia” de los modos de aparecer la misma para el individuo. De una manera no perceptible para la conciencia fueron cambiando en los últimos años las condiciones de la existencia para grandes masas de la población a partir de la globalización del capital, que habiéndose impuesto como política económica y necesidades del mercado financiero mundializado, fue extendiendo sus valores y construyendo significados sobre las relaciones sociales y la cultura. Al mismo tiempo fueron apareciendo (el aparecer de la existencia) formas de comportamiento y malestares subjetivos, aquello que consideramos “síntomas”, que expresan estas nuevas condiciones de la existencia. En la mayor parte de las personas de vida urbana su conciencia espontánea sólo registra los síntomas, la aparición del malestar o el sufrimiento psíquico, ya que la existencia en sí no genera una conciencia plena que dé cuenta de las razones de sus cambios mentales y de comportamiento práctico. Esto no significa que bajo las mismas condiciones de la existencia todos los individuos habrán de expresar iguales sufrimientos, la aparición de los mismos y el tipo de síntomas dependerá siempre de cualidades propias de cada individuo y de sus historias personales. Están quienes se sienten habilitados para reflexionar y comprender la relación entre sus condiciones de existencia y los malestares que lo aquejan, lo cual suele potenciar su capacidad para intervenir sobre estas condiciones de existencia, y están quienes, con menor conciencia sobre estas condiciones, se apegan al malestar sin comprender sus razones y sin poder actuar sobre sus causas. Curiosamente es en estos casos en los cuales los psicoanalistas solemos observar el goce que se oculta tras el padecimiento manifestado en el síntoma.

Obviamente el amor, como el sexo, no está desapareciendo en la vida de la

mayoría de las personas actuales. Para ellos, el amor sigue siendo el gran acontecimiento en la vida humana. Hablamos justamente del “amor verdadero” cuando éste sorprende a la persona enamorada, por fuera de la necesidad o el interés. Freud (1929) percibió esto plenamente, no dudó en situar al amor y la sexualidad en el centro de la vida psíquica. Y, como ocurre con toda verdad sobre lo humano, nos mostró sus vicisitudes: represión, negación, indiferencia, resistencia. Lo que trato de señalar es que ahora la cultura no acompaña con ninguna exigencia de verdad, ni provee reglas para este amor verdadero, sobre las cuales establecer represión o resistencia, depende de las posiciones y decisiones de cada enamorado/a. Es habitual observar la sensación de riesgo que acompaña ahora a quienes se enamoran; con frecuencia la confianza en la intimidad del otro se asume como si se tratara de un riesgo más de la vida. Debemos también a Freud (1929) hacer evidente que las condiciones del amor y el sexo no se acompaña de una iluminación de la conciencia del sujeto implicado, está ligada a la palabra, pero esta no es conciente y menos aún reflexiva, lo cual hace que la práctica del sexo y del amor esté ligada a la palabra de otro, que actúa en la represión, la inhibición o la resistencia. Por eso es posible hablar de un “superyó social”, como las palabras sociales de la moral y las exigencias éticas que vigilan y regulan los comportamientos prácticos.

Dentro de lo heterogéneo y polimorfo de las relaciones de sexo y amor actuales, podemos, de manera un tanto esquemática, diferenciar tres tipos de subjetividad que se expresan en estos comportamientos:

1º. Aquellos que han incorporado los nuevos valores y significados sobre la relación de amor y sexo, aceptando de manera reflexiva la igualdad de poder y la autonomía de ambos, aceptando que estas nuevas condiciones poseen una verdad que se diferencia y se opone a la moral burguesa tradicional, estando dispuestos a generar entre ambos las condiciones de la relación íntima, construyen bajo estas condiciones de las nuevas significaciones y valores culturales sobre el amor y el sexo. A esta disposición subjetiva la he denominado “amor romántico”.

2º. Otro tipo de subjetividad, más conservadora y tradicionalista, es la que ha incorporado las funciones y las reglas patriarcales de la pareja y la familia, que frente a los cambios culturales mencionados lo cuestionan y resisten. Es frecuente que, desde esta subjetividad, los nuevos comportamientos sean percibidos y calificados como no naturales, extravagantes o perversos, defendiendo mantenerse en la seguridad de las reglas tradicionales sobre el amor, el compromiso del sexo y la continuidad y permanencia de la relación. Estas relaciones,

no renuncian al amor y a la ternura de la intimidad, pero se asientan sobre el fuerte anhelo de la seguridad, a la cual sacrifican libertades e impulsos, muy ligado a los anhelos de familia. Las denomino como “amor conyugal”.

3º. Observo otro tipo subjetivo, aquel que rechaza con odio los valores de la verdad, la igualdad, y especialmente el valor de la autonomía y la libertad del otro/a de la relación. Suelen defender una posición un tanto oscurantista, frecuentemente fundamentalista sobre la moral de la pareja, violenta en la imposición de fidelidad y el control sobre la conducta del otro/a. Como son las mujeres quienes más y mejor expresan lo nuevo de la igualdad, la verdad y la autonomía, suelen ser las víctimas primeras de esta subjetividad posesiva. A esta la denomino, no sin intención, con una palabra de la política, “amor fascista”.

Los tres tipos subjetivos no definen un sujeto, no existe un sujeto romántico, uno fascista y otro totalmente refugiado en el matrimonio. Se trata de tres tipos que coexisten en el mismo individuo, variando su expresión y la dominancia, a veces variable en el tiempo y las circunstancias de la existencia, de uno de ellos. Resulta de importancia tener en cuenta la existencia de estos tres tipos, en montantes diferentes, porque responden a diferentes momentos de la cultura, la vida social, y los valores de la pareja que la cultura promueve. Así cómo el amor conyugal puede dejarse para asumir el riesgo de una pasión que ha acontecido, o la frustración de un amor libre y verdadero lleva al individuo a buscar el resguardo en lo conyugal, siempre se trata del surgimiento de un otro desencadenante del acontecimiento y que aportará su propio tipo subjetivo a la nueva relación. Si aceptamos que estamos frente a una nueva significación y valoración del amor y el sexo, debemos dirigir la mirada hacia lo que se promueve en la cultura y en las relaciones sociales. Ese otro desencadenante del acontecimiento ya no es, como creo fue siempre en los dramas pasionales del amor, sólo un otro u otra de quien surge el enamoramiento, ocurre con frecuencia que se trate de un programa televisivo, de una telenovela, de un video, de un film, de una expresión hallada en Facebook, es decir de productos audiovisuales dirigidos a expresar estos nuevos valores y promoverlos para la conducta de su audiencia, lo que desencadena la pasión por cambiar la posición subjetiva. No olvidemos que la imagen convoca siempre a la identificación mimética, la política de estos medios se dirige no sólo a la imitación sino a lograr identificaciones. Por esto he tomado a la pareja como relación nuclear de lo social porque ella recibe y reproduce el mundo simbólico en que organiza su relación, a la vez que se vuelca en las relaciones sociales más amplias. En lo propio de la vida íntima, que es el ámbito de nuestro interés por su relación con la expresión de los síntomas de

sufrimiento psíquico o malestar, se produjo una cierta diferenciación entre los tipos de pareja, y estos se corresponden con tres tipos de subjetividad observables también en la vida social actual. A modo de ejemplo: el tipo subjetivo del amor fascista se caracteriza por los celos extremos, el impulso de la posesión del otro/a, borrar en el objeto de su posesión aquello que exprese una vida autónoma. La ficción amorosa de “ser uno” en la pareja, forzar una fusión que anule toda contingencia. Desde esta posición subjetiva, tanto en la pareja como en la política, domina el impulso de eliminar al otro en su condición de otro diferente que cuestiona mi poder. Lo fascista consiste en la reacción violenta al cambio, el intento de suprimir o destruir a otro u otra, a un grupo o comunidad, cuando ésta se propone un cambio que sacude el orden del poder establecido, en la pareja patriarcal o en la sociedad. Por esta vía se nos hizo frecuente la noticia del incremento de femicidios, de diversas estrategias jurídicas y policiales dirigidas al control incrementado de la llamada “violencia doméstica”, en general violencia de un hombre sobre su actual o ex mujer y sus hijos.

Lo que llamamos tipos subjetivos acompañan siempre a los grandes acontecimientos de las sociedades y su correlato en la cultura. Cuando estos cambios impactan con una verdad nueva que trastoca lo anteriormente vivido, los significados y valores que reglaban los comportamientos prácticos de los individuos, se abre el abanico reactivo de los diversos posicionamientos subjetivos. Para esto debemos reconocer que las reglas que establecen normas para la vida social, en todos sus niveles, no son naturales sino sociales y culturales. Para el amor, el sexo, la pareja, la maternidad, como para la igualdad, nuestro tiempo está construyendo nuevas formas y significados que aún no han plasmado en una nueva moral, es tiempo de transición pero seguramente sin regresión posible.

Entiendo que el psicoanálisis, aun contando con una teoría que diferencia formas de expresión sintomática del sufrimiento mental, no guía su experiencia por los diagnósticos psicopatológicos ni se limita a una nosografía. El positivismo médico psiquiátrico, apoyado por la industria farmacéutica, trata de inventar nuevos diagnósticos para nuevos malestares de la existencia. Para los psicoanalistas importa los síntomas en que cada sujeto expresa este malestar: soledad, aislamiento, ansiedad, crisis de angustia, astenia, aplanamiento del deseo, agotamiento crónico e insomnio, conflictos o fracasos en la pareja, etc., que expresan su dolor psíquico y son parte de la realidad que habitan. Para nosotros, psicoanalistas, el síntoma y la angustia nos indican el camino para el trabajo conjunto de desentrañar en la historia de lo vivido y su relación con la existencia, las razones de los malestares del presente y los temores y angustias sobre el

futuro. Formamos parte de la misma cultura y vivimos en la misma sociedad que nuestros analizantes, sufrimos también los mismos cambios que ellos. En el desafío clínico de avanzar sobre el malestar para construir una verdad del sujeto que dé cuenta de su sufrimiento, la vida en común y los significados y valores que sostienen los intercambios simbólicos en la cultura, estarán presentes en la experiencia del análisis, ya que son el marco de nuestra relación con sentido terapéutico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bauman, Z. (2004). *La sociedad sitiada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. & Beck, S. (2007[2001]). *El normal caos del amor*. Barcelona: Paidós.
- Bataille, G. (1997[1957]). *El Erotismo*. Barcelona: Tusquets.
- Giddens, A. (2000[1997]). *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Freud, S. (1979[1918]). *Más allá del principio del placer*. En: Obras Completas (Vol. 21, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1979[1929]). *El malestar en la Cultura*. En: Obras Completas (Vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu.
- Rosanvallon, P. (2007). *La contrademocracia: la política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantial.
- Rousseau, J. J. (2008[1755]). *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Buenos Aires: Prometeo.
- Sartre, J. P. (1992[1948]). *A puerta cerrada: pieza en un acto*. Buenos Aires: Losada.
- Simmel, G. (1999[1908]). *Sociologie*. París: P.U.F. [Versión en castellano: (1939). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Buenos Aires: Espasa Calpe].

